COMEDIA EN TRES ACTOS DE

RAMÓN FERNÁNDEZ MATO

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

Para Tomás Borrás, que
en el país de los viejos es
la juventud y la autoridad.
Le estrecha con fervor las
manos

Mato

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/murosdeorocomedi00fern

MUROS DE ORO

RAMÓN FERNÁNDEZ MATO

MUROS DE ORO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Principal de Santiago de Compostela
y en el Teatro Rosalía de Castro de La Coruña
por la compañía Torrea-La Riva

1917

IMPRENTA LA POLÍGRAFA : BALMES, 54
BARCELONA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá representarla, traducirla ni reimprimirla sin su permiso.

La *Sociedad de Autores Españoles* es la encargada de cobrar los derechos de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A José Pan de Soraluce

En esa bella, cristalina y encantada Coruña, que el mar corteja y ronda y los poetas aman, palpitaba, con los claudicantes resplandores finales, la vida zarandeada y fecunda de Alfredo Vicenti. El gesto fué lo que más tardó en capitular, vive Cristo. Así pelea la luz en el aceite votivo, sumiéndose y alzándose.

Era en el umbral del otoño y en una inexpresiva sala de hotel. El enfermo recibía a todos sus innumerables amigos, acaso presintiendo que de muerto habían de quedarle tan pocos fieles a su memoria. Allá, en mitad de la bahía verde acribillada de espumas, un trasatlántico engullía montones de depauperados siervos gallegos, pálidos, encogidos y mansos, con el tumor de la melancolía en el alma y sin el perfil

725170

tenaz de la ambición en la quijada floja y desfallecida. ¡Oh, las temibles mandíbulas de otros hombres, destacándose, como proas ajustadas a martillazos, en las caras sanguíneas y rudas, bajo bermejas y díscolas barbas de león!

— Todos emigramos — dijo don Alfredo, con una voz que ya no era su voz. Y la serena ironía fracasó, Señor; la sonrisa cedió sus fueros a la lágrima y ésta, a su vez, quedóse indecisa en el alféizar de los párpados.

Carón es capitán de un barco, también.

El maestro — maestro, para mí, en el alto sentido evangélico, antes que en el docente —, fatigosamente, con jadeos y treguas, tirando de la inteligencia como de un cuerpo desgonzado, ya sin aquella altanera elocuencia de otrora en que el oído de Vicenti era el espejo adulón de sus propias palabras, hablaba de los éxodos aldeanos, de los argonautas roídos por la nostalgia, de los nidales en suelo extraño, del oro frío...

Posando en mí su mirada laxa—que el brioso centelleo de las pupilas bravuconas apenas era ya blanda turbiedad de perla moribunda—, me dijo:

— Usted, Mato, que escribe comedias con cosas de acá para despertar el sentimiento de los de allá, ¿por qué no procede a la inversa?

— No interesaría — repliqué.

— Yo le aseguro que sí — contestó con la bien conocida sequedad con que aquel hombre superior desplomaba una polémica inútil. Parecía un legendario capitán devolviendo la espada a la vaina con la priesa y el ímpetu con que el rayo se escabulle al dar en tierra.

Ved ahora, si al dedicaros esta comedia, precipitada y periférica, torpe y remisa de carretes, desconcertada de cordeles y transfundida a lamentables y anodinos muñecos, podía yo hacerlo sin previo reconocimiento de vuestra jerarquía de maestro y sin recordar que desde mi entendimiento hasta mi corazón tendisteis un arco iris inesperado estudiando y proclamando con certera sagacidad y evidente nobleza la intención social y la honradez emotiva de esta tartamuda farsa, como si en verdad quisierais rodear las exiguas rosas de un ingenio árido con los pródigos laureles de un fallo magnánimo, que no de otra suerte se engorda un ramo cuando las flores escasean.

Y ensamblo vuestro nombre con el de mi llorado Vicenti, porque así se sabrá cuáles son los puntos emocionales de salida y de llegada en esta obra mía, tan afortunada que hasta le otorgaron la cruz de guerra de la calumnia.

Aceptad la ofrenda en pago de aquella hora

cardíaca entre bastidores... ¿Recordáis? No es que estuvierais cerca de mí, que también lo estaban el traspunte y el electricista; es que, sin merecerlo yo, estabais conmigo.

No puedo ni podré saldar deuda tamaña; pero quede aquí reconocida.

RAMÓN FERNÁNDEZ MATO

Barcelona, Julio 1917

PERSONAJES

Ermitas	20 años
Susana	18 »
Una criada.	20 »
Don Alejandro	55 »
Don Rosendo	60 »
Raul	23 »
Odón Saavedra.	40 »
Antón.	18 »
Baltasar.	58 »

La acción en un viejo Pazo gallego.
Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor

DECORACIÓN DEL ACTO PRIMERO

Solana de vieja y opulenta casona. Cierra la escena la balaustrada de piedra, más allá de la cual hay, de fondo, un paisaje característico: valle de apacible poesía con su iglesia aldeana en una arruga del monte y sus casuchas y molinos sobre el tapiz de las praderas; hórreos, pajares; todo de una sobria ingenuidad de égloga. Alguna de las viviendas aldeanas llevará ventanuca con transparente para el efecto del final del acto.

Laterales, los muros del Pazo, y una puerta en cada muro. Líquenes y musgo certifican la noble antigüedad de los sillares. Toda la decoración tendrá un severo carácter de mansión hidalga, sin alardes heráldicos.

La balaustrada habrá de acondicionarse para sostener en su parte central a la artista que, sentada en ella, dirá un parlamento.

En la solana, una silla de costura, un costurero, una mesa de mimbre y varias mecedoras.

Primavera.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ERMITAS y SUSANA

(Al levantarse el telón, Ermitas está sentada en una sillita baja, cosiendo una prenda de niño. Viste con elegante sencillez; delantalillo de batista y encaje. Susana retrépase en una mecedora y apoya la cabeza en un cojín antiguo. Cabalga una pierna con una despreocupación de buen tono y viste con una remarcada elegancia, con un chic desenfadado. Lee un libro, con interesante laxitud.)

ERMITAS, *canturreando en voz bajita*

Dame la mano, paloma,
para subir al tranvía,
que está cayendo
la nieve fría.

SUSANA, *mirando largamente a Ermitas*

Único. ¡Qué asombroso poeta! Oye, Ermitas: ¿Tú no lees a Baudelaire? ¿No conoces este libro? *(Se lo muestra.)*

ERMITAS, *leyendo el título*

Flores del mal. No, no lo conozco. Yo leo muy poco. ¿Y ese libro es bueno?

SUSANA

Admirable.

ERMITAS

No te pregunto si es admirable; te pregunto si es bueno.

SUSANA

¡Ah, vamos! Claro: la costura es la antítesis de los ensueños.

ERMITAS

Y, sin embargo... como yo coso para pobrecitos niños que nada tienen, hay en ello algo de ensueño. No un ensueño de cabaret ¡ca! Un ensueño de choza, de pobreza, de bondad...

SUSANA

Cursi, pero edificante. Tú serás Hija de María, ¿verdad, primita?

ERMITAS

Lo prefiero a ser sufragista, créemelo.

SUSANA

Aquí, en el campo, la devoción está indicada. Es un recurso contra el tedio.

ERMITAS

¿Sabes una cosa, Susana?

SUSANA

¡Si no me la dices!...

ERMITAS

¡Que me das mucha lástima!

SUSANA

¿Por qué?

ERMITAS

¡Qué sé yo! Porque eres así; porque para librarte de la cursilería de sentir, tienes un avispero de burlas en el corazón; porque para hacerte un espíritu fuerte, eres... una pobre de espíritu; porque eres de las mujeres que se deforman el cuerpo con el corsé, los pies con los zapatos y el alma con la frivolidad... Por todo eso.

SUSANA

¡Qué lindo! Parece una conferencia del padre Wantrick. ¿Dónde lo has leído, criatura?

ERMITAS

¿Eres tú de las que no saben más que lo que leen?

SUSANA, *con zumba*

No te alterés, primita, que te vas a pinchar los dedos... *(Pausa.)* Escucha, dime: Tú te pasas toda la vida aquí?

ERMITAS

Casi toda. Alguna escapada a Madrid, a comprar cuatro trapos y a acompañar a papá. Pero suspirando por volverme cuanto antes... Te lo juro.

SUSANA

En cambio, mi obsesión es viajar. Cielos, almas, palabras... todo nuevo. Todo cambiado a cada paso. El hastío no corre tanto como los trenes, como los trasatlánticos. Hoy en Italia : mármoles, cipreses, laureles, terrazas floridas, serenatas... Mañana New-York : vórtices, selvas de acero, oro, prisa... Pasado...

ERMITAS

El desierto del Sahara o el manicomio. Fijo.

SUSANA

¡Qué distintas somos!

ERMITAS

Gracias doy por ello a Dios. *(Pausa.)*

SUSANA

¿Y novio? ¿Tienes novio?

ERMITAS

Si yo tuviese novio, se sabría.

SUSANA

¿Y nunca lo has tenido?

ERMITAS

Si lo hubiese tenido, aun lo tendría, que no había de elegir tan mal que fuese forzoso firmarle el pasaporte, ni me tengo por tan poco que haya que dejarme... ¿Y tú?

SUSANA

Novios, novios, no sé fijamente; ahora, afilar, como le decimos en mi país, flirtear...

ERMITAS

Sí, vamos, coquetear...

SUSANA, *con desdén*

Esa es la acepción vulgar...

ERMITAS

Aquí todo es vulgar, Susana. Al pan, pan, y al vino, vino.

SUSANA

Bueno, pues... flirtear; últimamente, con cinco... no... con seis... espera... con siete; sí, sí, justos, los siete : Enrique, Hector, Luis Alberto, Oliverio Magnasco... sí, justo. Los siete colores del iris.

ERMITAS

O los siete pecados capitales...

SUSANA

¡Quizá! Y entonces ya sé quien representa la pereza : Luis Alberto, que se levanta a la hora del te y tiene un cartel a la cabecera de la cama que dice: «No por mucho madrugar amanece más temprano.»

ERMITAS

Le habrás tenido que reservar la sección vermouth de tu corazón...

SUSANA, *riéndose*

Es claro.

ERMITAS

¡Buena gente, buena!

SUSANA

¡Eh, eh! ¡Pará el carrito, ché! Gente bien toda, te lo garanto. De lo mejorcito.

ERMITAS

Vamos, la espuma. Pero la espuma no vale para nada.

SUSANA

¡Qué terrible!

(Se oye, lejana, una detonación de escopeta y Ermitas da vivas muestras de desasosiego y contrariedad. Susana sonríe, maligna.)

¿Qué te pasa? ¿Creés que andan en la huerta los alemanes?

ERMITAS

No son los alemanes, no: es el simpático de tu hermanito, que se entretiene en matarme las palomas. ¡Una gracia!

SUSANA

Y ¿qué va a hacer? Si se aburre aquí el pobrecito como veleta sin viento.

ERMITAS

¿Veleta? De acuerdo en absoluto.

(Se oye una segunda detonación, que saca de quicio a Ermitas.)

SUSANA, *con sorna*

Parece que ha organizado un Tiro de pichón. Y te advierto que es una gran esco-

peta. En *poule* de veinticuatro pájaros, dos docenas de cadáveres con pluma... Ha ganado tres copas...

ERMITAS, *alzándose, irritada*

Pues por mí podía ganar trescientas; es una cruel desconsideración la de tu hermano; yo en vuestra casa no haría eso.

SUSANA, *impasible*

Tú no lo harías ¡claro! Hay que apuntar muy bien.

ERMITAS, *marchándose*
por la puerta de la izquierda

Lo que hay que tener es educación, y tu hermano, si la tiene, se le va a oxidar por no usarla.

SUSANA, *riéndose*

Educación, educación... ¡Graciosísimo! ¡Qué esperansa! *(Leyendo):*

Porque yo hubiera amado tu cuerpo con fervor,
desde tus plantas frías hasta tus trenzas suaves,
buscando en mis caricias un profundo sabor,
si, un día nada más, dos lágrimas tranquilas
—¡oh, reina de crueldades que sollozar no sabes!—
hubieran empañado tus dos frías pupilas.

ESCENA II

SUSANA y RAUL

(Llega Raul por la derecha. Trae al brazo una magnífica escopeta. Viste con remarcada elegancia y sin que en nada concuerde su traje irreprochable con la vida de campo.)

RAUL, *dejando la escopeta apoyada en la balaustrada*

¡Hola, m'hijita!

SUSANA

¿Qué hay, pibe? Oye: acaba de salir de aquí nuestra primita con un estrilo bárbaro.

RAUL

Alguna muela, quizá...

SUSANA

¡Qué muela!... Es que la pone frenética que le pases por las armas el palomar.

RAUL

¿Ah, sí? Está lindo. Me voy a dedicar a

pescar con caña, a coleccionar fajas de diarios o a leer lo de la guerra... ¡Pucha, que son ignorantes!

SUSANA

Y vaya si nos divertimos.

RAUL

Yo voy a criar musgo, lo estoy viendo; hoy saqué un chaquet por ver, no más, y tenía moho como los quesos estropeados.

SUSANA

Y el viejo tan contento...

RAUL

Lo más bien.

SUSANA

Buena nos la han jugado los zeppelines: si no se hubiese asustado nuestro papaito, aun estaríamos en Londres, que yo lo prefiero, con mucho, a este Pazo de San Amaro de Yñobre.

RAUL

¡San Amaro de Yñobre! Van a creer nuestros amigos que escribimos en esperanto...

SUSANA

Si hasta nuestros sobres son grotescos:

«España, Coruña, Padrón, Yñobre.» Se rueda por nuestra dirección como por una escalera abajo, ché.

RAUL

¡Qué país de pavadas!

SUSANA

Y como número ameno ese Odón, más pretencioso que vigilante con gran gala, siempre hablando de sus viajes fantásticos y de sus macanas. Oye, Raul: ¿Habrá sido glob-trotter? ¡Más antipático que un tacón torcido!

RAUL

Es un farabute; basta el nombre: don Odón.

SUSANA, *con mofa*

Don Odón, don Odón. Parece que estás escuchando un cencerro...

RAUL

¡Mi Buenos Aires!

SUSANA, *suspirando*

¡Mi Palermo, mi calle Florida!

RAUL

Nada, Susana: sigamos con nuestra Liga

patriótica contra todos estos chimancos disecados. Ya sabés nuestro lema: «Aburridos sí, pero molestando.»

SUSANA, *poniéndose en pie y estrechándole con cómica solemnidad la mano*

¡Chócala! «América para los americanos.»

RAUL

Y Galicia... para postales.

SUSANA

La unión hace la fuerza.

RAUL

Y ojalá nos haga las maletas.

ESCENA III

Dichos y una Criada

(Aparece ésta por la izquierda. En una cesta de mimbres que la criada trae a la cabeza conduce revistas y cartas. Deja la cesta en el suelo y comienza a trasladar de la cesta a la mesa el contenido.)

CRIADA

El correo de los señoritos...

RAUL

¿No ha venido más que esto?

CRIADA, *atónita*

No, señorito. Y si no mandan nada...

RAUL

Podés largarte.

CRIADA

Con el permiso de ustedes.

(Mutis por la izquierda.)

ESCENA IV

RAUL y SUSANA

SUSANA, *abalanzándose a la correspondencia, mientras Raul enciende, displicente, un cigarrillo*

Yo reparto ¿eh? El servicio de Correos es para las mujeres.

RAUL

Desde los tiempos de Rojas...

(Tapándose la boca, como quien ha lanzado una impensada procacidad.)

SUSANA

¿Qué?

RAUL

Durante el apartado no se habla en las oficinas, ché.

SUSANA

ordenando sobre la mesa la correspondencia

Mundo Argentino, Revista del Plata, El Hogar, Vida Porteña y *Caras y Caretas,* para mí. *Caras Duras,* para ti. *P B T* y *Fray Mocho,* para ti.

RAUL, *alzando el gigantesco librote*

Y el extraordinario de *La Nación*. Esto sí que es un diario, y no esos papelitos de por acá...

SUSANA

Cinco cartas para ti. *(Se las entrega.)* Siete para mí. ¡Ah! y otra más, que se traspapelaba.
(Se ponen a leer con interés.)

RAUL
abriendo uno de los sobres con visible contento

¡Ah! del atorrante Mario.
(Lee para sí, pero va subrayando con el gesto cada párrafo y reprimiendo risas.)

SUSANA, *mirando con cariño uno de los sobres antes de rasgarlo*

De Ada Grisseti. ¡Qué bien! *(Lee mentalmente y comenta, gesticulando, la lectura. Interrumpiéndose a carcajadas)* : ¡Lindo, lindo, lindo!

RAUL

¡La gran siete! Leé, leé...
(Alarga la carta a Susana.)

SUSANA

¿De quién es? *(Busca la firma.)* ¡Ah! de Mario Bonturi. No recuerdo...

RAUL

¡No vas a recordar!... Mario, mujer, Mario; aquel que el año pasado se le fué encima al coche de la suegra con un *Hispano,* para darle una broma... Que le mató los caballos... Tuvo la gran suerte. La suegra aun está muda como un colchón. Fué graciosísimo.

SUSANA

¡Qué rico tipo! *(Leyendo):* « Mío carísimo ermitaño : Ha sido una pavada tu viaje a Europa. No te lamentés, pues, si estás más cabreiroa que submarino en seco. La otra noche, en el Palais de Glace, me encontré a tu Georgete...»

RAUL, *acudiendo a interrumpir*

Salta, salta...

SUSANA, *mascullando renglones hasta desembocar en otro párrafo*

»*Rubí,* el potrillo hijo de *Oldman,* salió un tigre como te habías palpitado. Lo corrió al freno Sormani hasta volcar el codo, donde se apretó el pucho les dijo ¡hasta vernos! y en una atropellada macanuda por el lado de los palos les sacó dos cuadras. Hemos tragado una punta de plata, pues le hemos jugado en fija...»

RAUL, *con risa sarcástica*

¡Y yo aquí de espectador de partidas de brisca.

SUSANA, *leyendo de nuevo*

»Mi señora accidental, la belguita...»

RAUL

Saltá, saltá, saltá.

(Susana murmura, recorriendo algunas líneas, y sigue después):

SUSANA

«Dicen que aquí hay crisis. Pura parada. Nosotros estamos en tren de farra como siempre, ché, y hace cuatro días nos pasaron a la Comisaría por haberle aflojado unos balazos a la estatua del «Pensador», de Rodin, que está ajustando cuentas en la plaza del Congreso.» *(Susana se ríe.)* ¡Qué salvajes!

(Raul le coge la carta.)

RAUL

A ver, ricurita, ¿qué dice Ada?...

SUSANA

No, ché, que vas a tener que saltar más que un acróbata.

RAUL

Bueno; me voy adentro antes de que llegue ese otario de Odón, que las va de Velázquez para retratar a la sonsa de Ermitas bucólicamente. No va a pasar mi prima por la *Gioconda,* te lo garanto.

SUSANA

Y yo me voy contigo y te tocaré en el piano unos tangos argentinos.

RAUL

¿Alguno nuevo?

SUSANA, *dirigiéndose, cargada de periódicos, a la derecha, por donde hace mutis*

Sí, dos : *¡Agarrate, Catalina, que vamos a galopiar!* y *Mojame la oreja izquierda...* Presiosos. Verás...

ESCENA V

DON ALEJANDRO y DON ROSENDO

(*Entran por la izquierda. Don Rosendo es un maduro hidalgo gallego, campesino y señor, todo severa ternura. Viste con sencillez. Cubre su cabeza un sombrero flexible de anchas alas. Lleva camisa sin almidonar y corbata negra anudada al desgaire. Gruesa cadena de oro. Muy corto de vista. Barba canosa y en punta. Don Alejandro viste con elegancia y no mal gusto. Rasurado. Monocle. Alto el cuello almidonado y en la corbata un alfiler. Es melancólico y modesto, no obstante sus trazas de opulencia. Muy de tarde en tarde se calza el monóculo. Ambos personajes se acodan en la balaustrada de la solana y en silencio contemplan un instante los campos.*)

DON ALEJANDRO

¡Qué bello atardecer! La luz se hace miel...
¡Qué hermoso atardecer!

DON ROSENDO

¿No los hay allá así?

DON ALEJANDRO

En mi despacho, no. Los arcos voltaicos no tienen crepúsculo y el tenedor de libros no es un paisaje. Allá hasta el día muere en seco. ¿Morir? Dijérase más bien que da en quiebra...

DON ROSENDO, *riendo*

Siempre con tus salidas. Claro que en tu despacho no, natural; en ningún despacho hay crepúsculos bonitos.

DON ALEJANDRO

Falso, falso. Los hay. En el tuyo, por donde se arrastra el sol como la cabellera de una muerta... En el del cura, seguramente, sobre cuyos libros polvorientos irá el día poniendo el beso débil de su estertor dulcísimo.

DON ROSENDO

Eres un poeta, chico.

DON ALEJANDRO

¿Quién no lo es en esta tierra? ¿Quién no lo es una vez en la vida, al pasar del mundo de la lucha al mundo de la tregua? Porque esto es una tregua en el combate, nada más...

DON ROSENDO

Cualquiera diría que no te había ido a las mil maravillas.

DON ALEJANDRO

A ti, sí; a mí, no.

DON ROSENDO, *riéndose a carcajadas*

Tienes la gracia del mundo. ¡Hay que ver! Tú, millonario; yo, dueño sólo de estas tierras y de estas paredes. ¡Ojalá hubiera sido yo, de pequeño, como tú, el novelero, el ambicioso, el sediento de ver, de andar! Aquí me quedé y así me luce el pelo.

DON ALEJANDRO
en voz muy baja y con grave acento

Calla. No digas eso, que es blasfemar. Pídele perdón a Dios. Tú, aquí y en todas partes, eres Rosendo Moscoso de Altamira. Yo... aquí soy don Alejandro el americano, en la Bolsa de Buenos Aires soy el gallego Moscoso, en Santa Fe soy el estanciero Etchepare, porque como así se llamaba el anterior dueño de la estancia y la estancia es la misma, los peones dicen: « el que carga con las tierras, que cargue también con el apellido ». Y se les oye decir: « vamos a lo de Etche-

pare», «se trilla en lo de Etchepare», y si no quiero ser Etchepare no soy nada.

DON ROSENDO

Pero tú has vivido. Yo he vegetado.

DON ALEJANDRO

¡Que yo he vivido! ¿Cuándo? De niño, aquí. Después... después el yugo sobre el cuello, y tira, tira, tira... Cerrado el corazón a todo y abierto no más a la codicia. Pesa mucho una caja de caudales aquí dentro. (*Señala el corazón.*) Comer mal, dormir con inquietud toda la mocedad, sobre la tabla del mostrador. Ir olvidando esto poco a poco y poco a poco olvidándome esto a mí. Tú enamorado de una mujer que habías visto nacer, como el jardinero ve nacer las rosas. Yo casándome con la hija del patrón y en vez de un epitalamio un asiento en el libro Mayor. Dicen que mi mujer era buena. Yo lo creo, pero no me consta; siempre en fiestas de caridad, en visitas, por fuera de casa... Claro, la conocían mejor que yo... No me dió tiempo.

DON ROSENDO

Exageras, Alejandro; eres bueno, pero eres un escéptico.

DON ALEJANDRO

¡Un escéptico! ¿Qué se entiende por escéptico?

DON ROSENDO

El que no cree.

DON ALEJANDRO, *con viveza*

¿Y no creo yo todo lo que te estoy diciendo? ¡Quien no lo cree eres tú! Muere tu esposa; te abre en el corazón una herida, pero te la tapa con una flor, dejándote una hija por cuya ternura daría yo toda esa basura de millones... Muere mi mujer y me deja esos muchachos, que, mira, chico, aquí para entre nosotros y ya que nadie nos oye: yo no sé si me quieren o no. Deben de quererme; pero yo no sé si me quieren o no. Ya ves.

DON ROSENDO

¡Alejandro! ¿Estás loco? Eso no se puede decir.

DON ALEJANDRO

¡Lo triste es que se puede pensar! No, si yo ya sé que esto es espantoso, que esto es absurdo, pero... ¿qué quieres? Tu hija te despierta todas las mañanas con un beso y mis hijos me despiertan sin beso y... se largan con

un cheque. Eso sí, cuando se lo doy por la noche, me dejan dormir tranquilo por la mañana.

DON ROSENDO

Vaya, vaya. No te se puede escuchar. Eres un loco.

DON ALEJANDRO

No, si esto lo llevo yo aquí (*abre la mano sobre el pecho*) hace mucho tiempo y de aquí no saldría, créeme, si Dios no me hubiese traído a tu lado. Sólo a un hermano se le puede abrir así nuestro pecho.

DON ROSENDO

Te atormentas y me atormentas. Todo lo ves negro.

DON ALEJANDRO

Pero discurramos, discurramos. ¿Qué soy yo? Allá un gallego, animal de esfuerzo y perseverancia. Un extranjero al fin y al cabo. Y aquí... más extranjero aún.

DON ROSENDO

Por Dios, Alejandro, no tienes derecho a decir que aquí...

DON ALEJANDRO

No, si verás: Aquí, en tu casa, no. ¡Qué es-

peransa! Pero ¿qué es por ahí adelante un *americano?* El negocio peligroso y la moza de historia se le reservan a los *americanos.* Se les befa si son grotescos. Y si son sensatos como yo, se les regateará todo mérito, como si el sudor de nuestra frente fuese aquí más meritorio que allá...

DON ROSENDO

Eres injusto. Extremas las cosas.

DON ALEJANDRO

Pero si tenéis razón, en parte. Esos ridículos nababs que regalan a sus feligresías fanfarrones relojes de torre, porque nada más alto que la torre encuentran donde asentar su vanidad; esos detractores de su propia tierra, todos esos espíritus de quincalla que América devuelve, como devuelve el mar los cadáveres a punto de pudrirse, nos han granjeado un estigma colectivo, un doloroso estigma que algunos no merecemos...

DON ROSENDO

Perdona que te ataje, Alejandro; sacas las cosas de quicio.

DON ALEJANDRO

Si yo comprendo que os irritemos. Des-

pués de todo, nosotros somos los que cambiamos. Pero no sois vosotros solos los que nos cargáis la cruz del desamor. ¿Qué somos los envidiados millonarios de la emigración, para nuestros hijos? Es horrible decirlo, pero es más horrible llegar a saberlo, creémelo. Somos... lo que la raíz al rosal. ¡Raíz: éntrante en la tierra, escóndete, ensúciate, arrástrate, obscurécete! Y las rosas, orgullosas a los besos del sol y del viento. ¡Raíz: a dar en silencio tu jugo! Ellas a triunfar con insolencia. ¿Qué se le importa a las rosas de la pobre raíz, mientras no se seque? ¿Millonario? ¡Tanto da! Igual suplicio será llevar sobre mis espaldas cansadas un saco con dos quintales de perlas que de toscos guijarros...

DON ROSENDO, *abrazando a don Alejandro*

¡Pobre hermano mío!...

DON ALEJANDRO
desprendiéndose con suavidad

Sin querer lo has dicho: ¡Pobre! Ya ves, un pobre millonario.

(*Se oye tararear a Odón una canción en boga.*)

ESCENA VI

Dichos y Odón

(*Odón entra por la derecha. Viste con descuidada elegancia y la pipa y el chambergo Rembrandt acentúan su* cachet *de artista.*)

DON ROSENDO

Nuestro querido Odón. Retrasillo traemos.

ODÓN

¿Qué hay, señores?
(*Se saludan con apretones de manos.*)

DON ALEJANDRO, *indiferente y mundano*

Pues aquí estábamos; yo le contaba a éste un conglomerado que tuve con una linda francesita, en Suiza. Una golosina, una golosina, ché.

ODÓN

¡Ah, viejo Sileno! (*Consultando el reloj-pulsera.*) Caramba, me retardé algo. Está a llegar la noche. Gracias que sólo tengo que darle unos toques a las ropas. Voy adentro a sacar

los bártulos y a llamar a Ermitas si está ya vestida. Soy con ustedes al instante.

DON ROSENDO

Anda con Dios, pintamonas.

(*Mutis Odón por la izquierda.*)

ESCENA VII

DON ALEJANDRO y DON ROSENDO

DON ALEJANDRO

Ni una palabra de esto a nadie...

DON ROSENDO

¡No faltaría otra cosa!

DON ALEJANDRO

Y a mis hijos ni una alusión. Mejor es que me sigan teniendo por tonto. Es un papel que, habiendo vocación, es muy fácil de hacer...

ESCENA VIII

DICHOS, ODÓN y ERMITAS

(*Ermitas aparece precediendo a Odón, que conduce caballete, tablero y caja de pintura. Ermitas viste traje de aldeana gallega, pero no el traje decorativo y arcaico, sino el actual: pañuelo de alfombra al cuello, chambra blanca, grandes pendientes de gramallera, gargantilla de abalorios. El peinado liso, en trenza y con la raya al medio.*)

DON ALEJANDRO, *a Ermitas, con embeleso*

Superior, ché. Estás lindísima, m'hijita. Yo, en tu lugar, no me volvía a vestir de señoritinga.

ERMITAS

Tan pronto ingrese en el escalafón de solteronas este será mi hábito; se lo prometo.

DON ALEJANDRO

Pues, por verte así siempre casi deseaba que no te casases.

ERMITAS

¡Muchas gracias! Caramba, tío ¡por la Virgen María!... Yo le daré un retrato; éste que está haciendo Odón, si Odón quiere; pero no me condene a vestir santos, que no es oficio de mi gusto. Si acaso mándeme un novio de Buenos Aires, porte pagado.

ODÓN, *sentándose trás el caballete y empuñando paleta y pinceles*

Ale, ale, ale. A sentarse, que se nos va la luz.

(*Odón comienza a pintar. Don Alejandro coteja expresivamente con alternadas miradas retrato y original.*)

ESCENA IX

DICHOS, RAUL y SUSANA

(*Salen Susana y Raul por la derecha. Se colocan detrás de Odón. Susana pasa su brazo por encima de los hombros de Raul y así permanece, indolentemente apoyada.*)

RAUL, *a Odón*

¿Qué se dice, Ticiano?

ODÓN

Nada nuevo, Lord Byron.

SUSANA, *riéndose*

¿Se van ustedes a apedrear con las glorias del pasado?

ODÓN

¿A esa risa de usted es a la que se llama risa argentina?

SUSANA

¿Por qué?

ODÓN

Porque yo, de la Argentina, lo que creo

que ha alcanzado verdadera popularidad son el tango argentino y la risa argentina, o séase, la trigonometría bailada y la alegría en gárgaras. Es una opinión...

RAUL

Eso es un complicado *calembourg*...

SUSANA

Pero ¿por qué le llamó a mi hermano Lord Byron?

ODÓN, *risueño*

Porque Byron era cojo y yo le voy a partir a Raul una pata, por chungón..

DON ROSENDO

Zapatero, a tus zapatos. Odón: a lo que estás, morena. Este Odón manda callar a los demás y es un gramófono.

SUSANA, *acercándose a Ermitas y mirándole los grandes pendientes con que se adorna*

Ché, qué linda; debieras vestir siempre así.

DON ALEJANDRO, *a Ermitas, con efusiva ingenuidad*

¿Ves, ves, ves? Fíjate: acababa yo de decir lo mismo...

ERMITAS

Sí, tío; sólo que usted me lo decía con el corazón y Susana me lo dice con los dientes...

SUSANA

No querrás que hable con los antebrazos.

ERMITAS

A buenos entendedores...

(*Raul bosteza escandalosamente.*)

ODÓN

¿Sueño?

DON ROSENDO

¿Apetito?

RAUL

¡Aburrimiento cochino! Yo no he visto nada más sonso que todo esto.

ODÓN

Cuestión del sentido del gusto, pollo. La cocina francesa acaba con los paladares...

RAUL

Y eso que acá llaman borona será el «Sidol» de los estómagos ¿no?

ODÓN

Repito lo de Ermitas: «A buenos entendedores...» Ya puede usted levantarse, Ermitas.

SUSANA

Pues yo le digo a usted, señor pintor y turista, que esto será todo lo bonito que se quiera, pero tengo el tedio metido en los nervios. Voy a estar oyendo a Stracciari en el Colón y me va a parecer que aun están cantando los carros de acá. Estoy de paisaje más harta que de las noticias del frente ruso. Las postales de acá, con sus riítos, sus molinitos, sus iglesitas, sus bailitos y sus macanitas, las voy a regalar a los Sanatorios para substituir el cloroformo; ¡Galicia! No sé como no hay aquí la enfermedad del sueño.

DON ALEJANDRO, *con suave reproche*

¡Susana, Susana, hijita!...

ERMITAS, *sentándose en el centro de la balaustrada, con duro ceño de contrariedad*

Déjela, tío. Son las sensiblerías ultra-modernas, que hallan más poesía en el asfalto que en las nubes. Y, oiga usted, Odón, ¿por qué no replica a todas las cosas que están diciendo de esta tierra, con los versos que me mandó desde Rusia, hace tres años?

ilidades.

ODÓN

Porque no los recuerdo; palabra... Además, no valen nada. Son... un ramalazo de morriña que me cruzó el alma por Nochebuena en una pobre aldea de las orillas del Volga.

ERMITAS

Pues yo sé entera esa poesía, como un himno, o mejor dicho, como una oración.

DON ROSENDO

Dila.

DON ALEJANDRO

Rézala, anda. Yo te lo pido...

(*Ermitas tiende con dulce pereza el brazo hacia los campos. La sombra crece lentamente. En la decoración del fondo, alguna luz comienza esclarecer tímidamente una vidriera. Al lado de Ermitas, callado, absorto, Don Alejandro. Ermitas recita las estrofas con sedosas inflexiones de arrullo y crepitantes ardores de ira.*)

ERMITAS

Tierra mía,
tierra esclava y callada,
en tu paz sepultada
y en un sueño perdida
como sierva dormida

que ya no espera nada;
pobrezas e hidalguías
y el eterno fluir
de las melancolías
que ayudan a vivir
sin vivir...

Tú tienes, tierra mía,
esa blanda belleza
de una muda nobleza
que en tu médula existe;
todo en ti es poesía,
porque todo es suave...
y es tu belleza grave
y es tu sonrisa triste.
Por eso ¿adónde iría
mi alma en esta hora
de densa soledad?
¿Adónde, tierra mía?
A buscarte, señora,
que otra madre no tengo
y a tu regazo vengo
cuando escondida llora
esta eterna ansiedad
este gallego, mal
de recordar,
de comparar y suspirar,
aquesta sed sentimental
¡tierra mía, inmortal!

(*Se oye, muy lejano y muy tenue, como el aliento de la noche, el Angelus.*)

Por hermosa te alaban
y por mansa te oprimen...
Y las lanzas se clavan
en los pechos que gimen.
¡Cómo duermes, cordera,
en tu desgracia heroica,
en tu indiferencia estoica
que redención no espera!...
¡Qué apacibles tus vegas!
Qué líricos tus ríos!...
¡Qué dócilmente entregas
tus fueros y tus bríos!...

Tierra mía,
tierra tímida y muda
que la niebla prefiere,
con sus tocas honestas,
a la insolencia ruda
del sol que besa y hiere
carroñas y florestas.

Tierra mía,
los valles son regazos y las cumbres son senos,
las mujeres son castas y los hombres son buenos;
son palios los viñedos, jardines los ribazos,
la llovizna es tu llanto, y es el hórreo tu trono;
y se esfuma tu alma en el hondo abandono
de los fríos estrados de tus húmedos Pazos.

No se crispan los puños
aunque sangren los pechos;
¡con suspiros pretendes
reclamar tus derechos!
Tierra mía,
tierra augusta y sumisa:
en los hondos caminos
las carretas sollozan,
y las mozas retozan
en los viejos molinos,
dando al aire su risa
de calcinados trinos
y frescuras de brisa.
Tierra mía,
en la noche, punteada de estrellas,
los mastines se retan de pajar a pajar...
¡sólo tú, tierra mía, a sufrir y callar!
¿No te llaman bonita? ¿Qué más puedes buscar?
Las esclavas, de antiguo, suelen ser las más bellas
Tierra mía,
a las almas que muy lejos suspiran
en un ansia constante de un infinito amor,
a los que con los ojos llenos de llanto miran
de los cielos ajenos el cruel esplendor,
a los que te niegan con apostasía
y a los que te alaban con noble tesón,
a todos les abres, santa tierra mía,
la cancela de oro de tu corazón!...
(*Se oye, apagado y remoto, un «a la lá».*)

Nunca, madre mía, bajan a tus labios
ásperas las hieles de eternos agravios...
¡cabezal de piedra de la crueldad!
Sobre tanta herida,
Galicia querida,
es gema y paloma,
astro, rosa y aroma
tu blanca palabra: ¡HUMILDAD!

(*La honda emoción del instante y el reflujo de los recuerdos bañan el alma de don Alejandro que, abrazado a Ermitas, contra ella apoya la cabeza. Terminado el recitado y en el silencio emotivo se oye la risa insolente, aunque reprimida, de Raul. Salta don Alejandro como un tigre, y apresando a Raul por las solapas, ruge con sorda cólera.*)

DON ALEJANDRO

¿Quién se ríe aquí? ¡Raul, de rodillas! ¡De rodillas, Raul, ahora mismo! (*Lo abate con violencia.*) ¡Imbécil!

TELÓN

DECORACIÓN DEL ACTO SEGUNDO

Sala de casa solariega. Ancho ventanal, de fondo. Mesa con viejos libros y un candelabro antiguo. Sillones de cuero. Dos puertas en el lateral izquierda y una de mayores proporciones y cerrada con pesado tapiz, en la derecha. Un vargueño.

Por el ventanal se ven, en la lejanía, las obscuras copas de los pinos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DON ROSENDO y DON ALEJANDRO

(Don Rosendo está sentado delante de la mesa. Un libro forrado de pergamino se abre cerca de su mano. Don Alejandro pasea, taciturno.)

DON ROSENDO

Vaya, vaya; eso ya pasó. Fué una chiquillada sin importancia.

DON ALEJANDRO

Fué un insulto a todo y a todos y he llorado esta noche las lágrimas más amargas de mi vida...

DON ROSENDO

¿Lo ves como eres un exagerado, un loco de atar? Total... el parto de los montes. ¡Bah, bah, bah! Realmente, no estaba agonizando nadie allí; y a lo mejor el muchacho se rió con la hermana de cosas suyas. Vaya, vaya: borrón y cuenta nueva.

DON ALEJANDRO, *con melancolía*

Tienes razón; ya pasó. No se grita más que al sentir la puñalada. Pero yo ¿qué quieres? tengo el alma en carne viva...

DON ROSENDO

No seas niño, Alejandro, no seas niño.

DON ALEJANDRO

Te comprendo. Una gota no es nada; cierto. Pero cuando la copa está llena, la gota la hace rebosar. Todo el desprecio que sienten por esto, por este ambiente, por mi cuna, por mi pasado obscuro, por cuanto hay de grande y de respetable en mi patria, en mi gente y en mi vida; todo el desprecio que les inspira la sencillez, el orden y el bien, salió como surtidor de pus por la brecha fétida de la carcajada de ayer. *(Pasa de la indignación a la pena concentrada y viril.)* Yo no traje a mis hijos para que ultrajen el suelo donde está enterrada nuestra madre, no. Y yo les quiero — esto es ridículo —, les quiero con toda mi alma. Sé que antes morirían que pedir perdón; son así; creen que pedir perdón a un padre denigra como pedírselo a un compañero de sport. Pero ¡claro! yo les quiero más que si fuesen buenos, más que si me amasen.

No soy capaz de conquistar su cariño, yo que tantas otras cosas tan difíciles conquisté. Bueno: todo esto es ridículo. Pero ¿qué he de hacer, Dios mío, para que busquen mi corazón y no mi cartera? ¡Mi cartera! Valiente cosa... Sencillamente ridículo.

DON ROSENDO, *chancero y tierno*

Yo quiero creer que tú estás algo chiflado. Vienen muchos de allá así, con algún tornillo de menos... y con un loro. Dos locuras.

DON ALEJANDRO

Haces bien en reirte. El mundo es una opereta.

DON ROSENDO

Pero de las malas.

ESCENA II

DICHOS y UNA CRIADA

(Entra la criada por la primera puerta de la izquierda.)

UNA CRIADA

Dos paisanos desean hablar con don Alejandro.

DON ALEJANDRO

Que pasen.

DON ROSENDO

Tabarra te aguarda. Yo me largo con mi Virgilio a otra parte. Y ponte de buen humor, hombre de Dios, que esta vida hay que llevarla a tragos.

DON ALEJANDRO

Por eso hay tantos borrachos.

DON ROSENDO

metiéndose el libro bajo el brazo

Filósofos, filósofos. Hay que hablar con respeto, Alejandro... Hasta luego.

(Mutis por la derecha.)

ESCENA III

DON ALEJANDRO, ANTÓN y BALTASAR

(Antón viste de labrador y viene en mangas de camisa. Baltasar denotará en su indumentaria maltrecha haber estado en América. Será significativo un derrotado y anacrónico sombrero de paja.)

BALTASAR

Buen día, señor.

ANTÓN

Tenga usted muy buenos días.

DON ALEJANDRO
sentándose y con afable tono

¿Qué traen de nuevo amigos? Buen tiempo ¿eh?

BALTASAR

Espléndido, pues.

ANTÓN

Una poca agua, si Dios la mandase, para el centeno, mesmamente cumplía, si señor...

DON ALEJANDRO

¿Y qué os trae por acá?

ANTÓN

Aquí, Baltasar, el hombre...

BALTASAR

Bueno, muchacho: lo mejor es que tú le digas lo tuyo, que yo le diré lo mío.

DON ALEJANDRO

Es lo lógico.

BALTASAR

¡Me parese!

ANTÓN, *dando vueltas a la boina entre las manos, como señal de cortedad*

Pues... tocante a mí... Yo quería irme a América y venía sobre la cuestión de que si usted me diese unas letras... al respective de colocarme allá... se lo había de agradecer. Disimule el atreverme... pero como usted es tan llano y tan mirado para la pobreza, pues... naturalmente, el ciego va donde le dan... Y... es verdad... uno llama a la puerta donde hay buena voluntad y corazones de cristiano.

(*Se limpia el morro a la manga.*)

DON ALEJANDRO

¿Y a qué vas a América, mozo?

ANTÓN

¿A qué he de ir? A ganarme la vida.

DON ALEJANDRO

¿No la ganas aquí?

ANTÓN

Pero no se medra.

DON ALEJANDRO

Entonces... eres ambicioso.

ANTÓN

Como ambicioso, ambicioso... lo soy y no lo soy.

DON ALEJANDRO

No está eso muy claro, que digamos.

ANTÓN

Yo no quiero ganar oro a montones, yo no cuento con ser rico, con volver cargado de miles. Usted ya ve: en casa somos seis hijos. El mayor, que se casó, con la casa se queda. Es de viejo. Los demás a defendernos a la buena de Dios. Yo quiero ganar para hacer una casita, señor; y si a mano viene, en otro

viaje, para una huerta no más grande que la casa. La cuestión es tener algún día algo, poca cosa, pero algo tan siquiera.

DON ALEJANDRO

Bien, rapaz, bien... Y usted ¿qué desea, paisano?

BALTASAR

Don Alejandro: yo me he venido de América hase un año; aquello se había puesto feo con ese batifondo de la guerra ¿no? Estuve sin trabajo una punta de tiempo; la salud empesaba a aflojar y entonses me dije: Dispare-mos para la tierra a dejar los huesos. Y me embarqué en el holandés.

DON ALEJANDRO

¿Y cuánto tiempo anduvo por allá?

BALTASAR

Veintisiete años, señor.

DON ALEJANDRO

¿Y siempre de malas?

BALTASAR

No, señor: unas veses muy bien y otras muy mal. Cuando la crisis del noventa ya tenía yo una casa de remates. Ahora, que es lo que

sucede: cuando la fortuna viene a vernos no estamos en casa y cuando nosotros la vamos a buscar ha salido de visita... La vida es una chanchada, señor. Y aún, cuando uno vuelve rico como usted, menos mal...; aun le miran y consideran a uno. Pero cuando se vuelve sin un sentavo es una desgrasia. Poco o mucho — usted lo sabe — se nos olvida acá; se nos olvida y se nos borra de la tierra y de la familia. Somos... las colonias de la familia, señor. No somos la familia misma. ¿Que volvemos con plata? ¡Ah! muy bien, lindo; gran alegrón. ¿Cariño? Así, así... No gran cosa. Somos un premio de la lotería más que nada, un désimo afortunado... y se nos quiere... como a un désimo. Pero como el désimo viene muchas veses enfermo, con palúdicas o tuberculoso, crea usted, señor, que... (*Don Alejandro sigue con sobria gesticulación el parlamento.*) ¡Bah! Estoy disiendo muchas macanas.

DON ALEJANDRO

Verdades, verdades, amigo mío; verdades como puños.

BALTASAR, *con sarcasmo en el acento risueño*

Y sufrimos allá soñando con volver; y sufrimos acá al despertar del sueño y ver que

hemos vuelto y que mejor hubiera sido quedarnos por allá con esa última ilusión, siquiera...

DON ALEJANDRO

¿Y qué puedo yo hacer en su obsequio? Dígame.

BALTASAR

Yo voy a Santiago a consultarme con un doctor. Los hay competentes, disen... con rayos *X* y todo. Ya sé que yo debo tener alguna enfermedad de esas de serrar por defunsión; pero mi principal enfermedad es la tristesa que tengo aquí... en el pecho... en la cabesa, en la sangre, no sé dónde... y he cavilado yo que se debía llamar en los libros «enfermedad del desengaño».

DON ALEJANDRO

Y precisa alguna cantidad...

BALTASAR

No, señor; tantas grasias. Nesesito que si yo me muero en Santiago liquide lo poco que yo tengo acá y se lo dé al Hospital Español de Buenos Aires, cuando se vaya.

DON ALEJANDRO

Pero ¿no tiene usted aquí parientes?

BALTASAR

Una hermana y unos sobrinos.

DON ALEJANDRO

Entonces...

BALTASAR

¡Me han largado a la calle, señor!

DON ALEJANDRO

¿Por qué?

BALTASAR

Porque creen que los gastos de mi enfermedad van a pasar de lo poco que yo tengo... (*Con cruel sonrisa.*) Ya ve usted, don Alejandro, soy un negosio malo. Ni siquiera soy el reintegro...

DON ALEJANDRO

Venga a verme a otra hora y no se desanime, amigo. Charlaremos; quiero hacer algo...

BALTASAR

Está bien, señor.

DON ALEJANDRO, *a Antón*

Y vuelve tú también por la carta, para que te coloquen; pero mírate en este espejo...

(*Señalando a Baltasar.*)

ANTÓN

En usted me miro, señor.

DON ALEJANDRO

Poco más tiene.

ANTÓN, *riéndose*

Esa va buena. Con los miles que usted tiene. Hasta otra hora, entonces; y Dios se lo pague. (*Sale por la primera de la izquierda.*)

BALTASAR

Con Dios, señor. (*Le tiende la mano.*) Usted es un buen hombre, amigo.

DON ALEJANDRO

estrechándole conmovido las manos y empujando apresuradamente hacia la puerta al pobre visitante

Adiós, adiós... adiós...

ESCENA IV

DON ALEJANDRO y ODÓN

(*Entra Odón por la primera de la izquierda.*)

ODÓN

¿Qué tal va, señor gaucho?

DON ALEJANDRO

Vamos tirando y oyendo lástimas... que abundan, abundan...

ODÓN

¡Ah! ¿Esos que salían, quizá?... El viejo iba como llorando. Y el mozo pegaba brincos de alegre...

DON ALEJANDRO

como hablando consigo mismo

Sí; uno que va y otro que vino. En síntesis, lo mismo. La mañana y la noche. Al ir todo azul, al volver todo negro. La mariposa que vuela hacia la lámpara y la mariposa carbonizada...

ODÓN

Pero usted me está recitando una de esas poesías que privan ahora y que parecen salchichón por lo cortadas?

DON ALEJANDRO

Cualquier cosa. Palabrerías. Paparruchas...

ODÓN

¿Se ha levantado Raul?

DON ALEJANDRO

Yo no sé; pero llame usted a la mucama y que lo avise... Yo me voy; después de lo de ayer... ¡Yo me conozco!

ODÓN

¿Quién se acuerda ya de lo de ayer? Bastante castigado está Raul de su pequeña incorrección.

DON ALEJANDRO

No, pero si veo a mi hijo me voy a... vamos. Yo les quiero mucho a los chicos... soy muy débil. Es ridículo... lo sé... pero me enternezco... me daría lástima el pobre Raul... y lección perdida... Yo no tengo carácter... Soy muy débil. ¡Qué se le ha de hacer!

Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.)

ODÓN

¿Ahora salimos con esas? Yo creí que estaba hecho una hiena y ¡hay que ver! Así son altaneros sus hijitos. (*Odón toca un timbre.*)

ESCENA V

ODÓN y UNA CRIADA

(*Entra la Criada por la primera puerta de la izquierda.*)

CRIADA

¿Manda el señor?...

ODÓN, *encendiendo su pipa*

Diga al señorito Raul que le espero.

CRIADA

No sé si... Aun no salió de la habitación. Por eso digo que...

ODÓN

De todos modos, avísele.
(*Sale la Criada por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI

ODÓN Y RAUL

(Sale Raul por la puerta de la derecha. La provocación sella su gesto. Se inclina frío y altivo frente a Odón.)

RAUL

A sus órdenes, caballero.

ODÓN, *sonriente y seguro*

Recibí, hace una hora, esta carta *(La saca del bolsillo.)* y como leída por usted debe ganar en matices, vengo a rogarle que me la lea. Además... yo no la entiendo bien.

RAUL

No hay inconveniente. Por lo visto, no le bastan las palabras y quiere usted, además, conocer el tono.

ODÓN

Letra y música, si usted es tan amable...
(Alarga la carta a Raul, que con brusco ade-

mán la recoge. Odón se acomoda en un sillón con toda indolente pereza, y con la mirada en el techo lanza, soñador, bocanadas de humo.)

RAUL, *lee con lenta y agria tensión*

« Señor Odón Saavedra: Muy señor mío: Como le supongo justamente satisfecho del final teatral que a la luz de la luna tuvo anoche su poesía, pero como yo no estoy conforme con el papel tragi-cómico que me correspondió desempeñar—a viva fuerza—, me complazco en despreciar sus versos necios y su necia persona, bien seguro de que si es usted un caballero y no un trota-mundos (en esto hay opiniones) iremos a un terreno donde los hombres sólo caen de rodillas cuando tienen un palmo de acero en el pecho.

Raul M. Cafferata.»

ODÓN, *en la misma actitud*

La *eme* esa corresponderá a su primer apellido, ¿verdad? Lo pregunto porque como usted la esconde entre el Raul y el Cafetera o el Cafferata ese, como el jamón de un *sandwich,* se presta a equívocos, e igual puede tomarse por Moscoso que por... majadero. *(Raul no puede reprimir un violento paso de*

avance hacia Odón. Odón se pone instantáneamente en pie, con el entrecejo aborrascado. Dura un segundo esto y después Odón recobra su sonrisa mundana e indiferente.)

RAUL

Cuando se trae entre manos un asunto como éste, los insultos llegan fuera de plazo.

ODÓN

Pero si yo no me bato con usted, criatura. Muchas veces he ido a ese bufo campo del honor por una futesa, por tonterías, por el mejor derecho a la sonrisa problemática de una bailarina o por una opinión acerca de un caballo. ¡Bah! ¡Batirse! Una barbaridad *chic,* como arruinarse a la ruleta sonriendo, o...

RAUL, *impaciente*

En conclusión, ¿qué?

ODÓN

En conclusión, nada. Que eso que usted me propone con tan frías maneras no tiene aquí ambiente. ¿Atraso? ¿Prejuicios? El hecho es este: la habilidad para matar se llama aquí asesinato; el morir con reglas fijas se tiene aquí por estupidez.

RAUL

Me lo presumía. No es tan fiero el león como lo pintan.

ODÓN, *irritado*

¡Raul, Raul! *(Tornando a sus palabras y a su faz la sonriente ironía del dominio.)* ¿Quiénes serían nuestros padrinos? Los míos el sacristán y el maestro. ¿Y los de usted?

RAUL, *despectivamente*

¡Es usted un valiente!...

ODÓN

Yo soy más valiente que usted. Mucho más. Hace falta más valor para soportar sus necedades... que para tirarle por esa ventana. Pero... de todos modos... yo le propongo a usted un noble encuentro. Vamos a tirar con botón un par de asaltos. Si yo no le toco a usted doce veces mientras usted no me toca una sola vez, me bato cuando usted quiera.

RAUL

A pistola, ya que es usted un espadachín.

ODÓN

No hablemos de pistola. Hay un recuerdo en mi vida, una circunstancia; se lo ruego...

RAUL, *con desdén*

Como usted quiera. Aquí, quizá no me fuese fácil descalificarle. Pero si esto ocurriese en mi patria...

ODÓN, *magnífico de altivez*

Pero, ¿tienes tú patria? ¿Se puede tener madre sin haber tenido abuelos?

RAUL, *tembloroso de despecho*

¡Odón!

ODÓN

Yo conozco tu patria, tu vil patria.

RAUL, *avanzando un paso*

¡Cobarde!

ODÓN, *con ardoroso arrebato*

Tu patria empieza en los salones del Club y acaba en la *pelousse* del Hipódromo; tus compatriotas son las cocottes del Royal, cuando no los *souteneurs* del Bar Maipú... ¿Eso es la Argentina? ¿Eso es Buenos Aires? No; es tu país. Porque yo *(Transición a un noble entusiasmo evocador.)* yo conozco otra Argentina : la de los infinitos campos fecundos, la de las altas pirámides de trigo que al sol son oro y en Europa pan, la de los ganados, la de las Universidades pletóricas, la de

los sembradores, la de los pobres ranchos de paja donde una guitarra, llevada hace siglos de Andalucía, llora como una niña con sueño sobre las rodillas del gaucho que acompaña sus décimas de amor; la Argentina del trabajo, la de la fertilidad, la de las anchas esperanzas. Pero... esa, esa... esa no la viste tú ni en láminas!

(Ermitas aparece alzando el tapiz de la derecha.)

RAUL, *algo confuso*

Latiguillos, siempre latiguillos...

ODÓN, *con seco orgullo*

¡Debieran parecerte latigazos!

RAUL

Acabemos. Yo sé por qué no se bate usted. Y yo tengo que batirme con usted, porque no me voy a batir con mi padre ni con mi tío.

ODÓN, *cansado ya*

¡Pues bátase usted con su abuela!

RAUL, *con sardónica risa*

Usted no se bate, porque proyecta y trama casarse con Ermitas, que es un buen negosio. Y el desafío no conviene...

ODÓN, *fuera de sí*
e intentando lanzarse sobre Raul

¡Cobarde!

RAUL
sacando una browing del bolsillo del pantalón

Oh, là, là! Attention, monsieur!
(Le apunta y sonríe.)

ESCENA VII

DICHOS y ERMITAS

ERMITAS, *corriendo a interponerse*
entre los dos hombres

¡Por Dios! ¡Por Dios!

RAUL, *guardando el arma, con jactancia*

¡Providensial y de opereta!

ERMITAS

Eres malo, Raul.

RAUL, *con zumba*

Para que haya una Princesa encantada como tú y un Príncipe que te desencante, ¡que

te desencantará, ché, te lo garanto! como ese, tiene que haber un dragón como yo...

ODÓN

¿Dragón? ¡Qué inmodestia! Un sapito, un boceto de sapo... Y escuche usted : guárdese de repetir la infamia que me puso en el trance de intentar extrangularle... Es un buen consejo.

RAUL

¿Sí? Pues... lo repito: Odón Saavedra ronda la dote de usted, señorita.

(Encarándose con Ermitas.)

ERMITAS, *con candente tono de dignidad*

Basta ya, Raul. *(A Odón, suplicante):* Por nuestra amistad, por nuestra leal amistad : márchese, Odón; yo se lo suplico.

(*Odón se inclina ante Ermitas, lanza una mirada conmiserativa a Raul y sale por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII

ERMITAS y RAUL

(*Quedan frente a frente, mudos y palpitantes, Ermitas y Raul. Sus miradas se cruzan como aceros, en batalla de orgullos. Con pausado andar de felino, Ermitas se acerca a Raul, asestándole, inmóvil, el reproche de sus ojos. Ermitas aferra a Raul por las solapas y va escupiéndole su vibrante encono.*)

ERMITAS

Raul, eres un miserable, un golfo, un cobarde. Me das asco. Me repugnas. Me avergüenza ser prima tuya. Ese hombre que acaba de salir de aquí es la nobleza misma. Eres un canalla. Por no inferir a su esposa un aparente agravio, pudo callar ante tu insulto. Pero es más valiente que tú. Al hombre que le robó el amor de su mujer lo mató frente a frente, en un duelo a muerte. Es mucho más valiente que tú. Mucho más caballero. Raul, te desprecio; te desprecio, golfo...

RAUL, *con gentil desenfado*

¡Qué bonita estás así, primita! Estás seductora...

(*Ante el asombro de Ermitas, le desprende las manos y con exquisita galantería se las besa, a tiempo que aparece Don Alejandro en la segunda puerta de la izquierda. Ermitas descarga una bofetada en el rostro de Raul.*)

ESCENA IX

DICHOS y DON ALEJANDRO

(*Don Alejandro entra despacio.*)

DON ALEJANDRO

¿Qué es esto, Raul?

ERMITAS

encaminándose, indignada y llorosa, a la puerta de la derecha, por donde hace mutis

Tío, esto es insufrible, esto no se puede tolerar...

ESCENA X

DON ALEJANDRO y RAUL

(*Después de un instante de solemne silencio, Don Alejandro dice, con íntimo abatimiento.*)

No creas, hijo mío, que te voy a reñir, no. No te reñiré, no puedo reñirte. Disimulé cuanto pude; lo oculté ante todo el mundo; pero nuestra estancia en esta casa se está haciendo imposible por todas estas cosas... Y, sin embargo, necesitamos albergarnos aquí unas cuantas semanas aún. Yo demoré... Hijo mío, tú y tu hermana tenéis que perdonarme el mal que os hice.

RAUL, *atónito*

¡Pero, papá!...

DON ALEJANDRO

¡Es horrible, Raul, es horrible!

RAUL, *con ansiedad*

¡Papá!

DON ALEJANDRO, *en voz baja y desgarrada*

¡Raul, hijo mío: Estamos arruinados!

RAUL, *con sorpresa y espanto*

¿Arruinados?... ¿Arruinados?... ¡No es posible!...

DON ALEJANDRO

¡También yo creí que no era posible arruinarme!

RAUL

se deja caer, con infinito desaliento, en un sillón, entierra la cabeza entre las manos y rompe a sollozar roncamente

¡Arruinados, Dios mío!

DON ALEJANDRO

saliendo por la segunda puerta de la izquierda, lenta y dolientemente

¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de mí?

ESCENA ÚLTIMA

RAUL y SUSANA

RAUL, *destrozado por el dolor, llora tumultuosamente, sin tregua*

¡Arruinados, Dios mío! ¡Madre de mi alma: Arruinados!

(*Entra Susana por la primera puerta de la izquierda, con un gran ramo de flores, ostentosamente vestida y canturreando un tango argentino. Se acerca con cariñosa inquietud a Raul.*)

SUSANA

¿Qué tienes, Raul? ¿Qué tienes, vidita? (*Acariciando sus crenchas.*) Te ha reñido el viejo ¿no? Di: ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras así?

RAUL

atrae a Susana hacia él con ternura infinita y sentándola sobre sus rodillas le dice, atragantado por los irreprimibles sollozos

Nada, nada. Ya te lo diré, viejita. No es nada... Ya te lo... diré, pero después... esperá... más tarde. No es nada ¿sí? Susana. Ahora estate quieta, junto a mí, calladita, quietesita, pequeña mía... (*Y con sorda voz dice, hablando consigo mismo*): ¡Arruinados!

TELÓN LENTO

DECORACION DEL ACTO TERCERO

La misma del anterior. A un lado, cerca de la puerta de la derecha, un ancho baúl abierto. Por encima de los muebles disemínanse corbatas, novelas, cuellos, zapatos, objetos de aseo, etc. Sobre los brazos de una butaca, unas espadas francesas, enfundadas en gamuzas rojas. En otro sillón, raquetas de tennis. En un rincón, doblado sobre el respaldo de una silla, un frac.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

DON ROSENDO, RAUL y SUSANA

(Hay una muda aflicción en los semblantes. Susana, de vez en cuando, suspira o se pasa el pañuelo por los ojos, todo dentro de una contenida amargura, sin exageraciones.)

DON ROSENDO

paseando cabizbajo, con las manos en los bolsillos del pantalón, mientras Susana y Raul van acomodando cosas en el baúl

No os apuréis, no os apuréis; hay tiempo de sobra. No os apuréis. Hasta cerca de la noche no pasa el automóvil. No tenéis prisa ninguna.

(Raul va colocando en el baúl los objetos que Susana cuidadosamente envuelve en papeles y le entrega.)

SUSANA

¡Ay! ¡Quién nos lo había de decir, tío de mi alma! ¡Qué desgracia!

DON ROSENDO

¡Qué desgracia, ni ocho cuartos! Unas vienen derechas y otras vienen torcidas. No hay que desesperarse. ¿Qué se adelanta con eso? Nada. Todo se ha de arreglar.

RAUL

¡Bonito arreglo tiene, tío!

DON ROSENDO

Con calma y buen tiempo, todo se consigue. No hay que ponerse así, caramba... Algo quedaría de vuestra fortuna. Y si nada resta, trabajando se había juntado y trabajando se la vuelve a juntar. El caso es no amilanarse... Raul...

RAUL

Quedándose como se queda Susana con ustedes, me quitan de encima del corazón el peso mayor. Papá y yo siempre nos defenderemos menos mal...

DON ROSENDO

Claro, claro, claro que sí; los hombres no me dais cuidado. ¡Pero esta infeliz! Y la picarona *(Haciéndole unos mimos)* empeñada en marcharse con vosotros... Un disparate,

¡caray! Gracias a que Ermitas consiguió convencerla, que si no, os sigue nadando detrás del transatlántico... ¿Qué ibas a hacer tú en Buenos Aires, pobrecilla, mientras estos no reorganizan algo su vida? Estorbar, hablando en plata.

SUSANA

¿Y qué he de hacer aquí más que servir de estorbo? ¿Para qué sirvo yo?

DON ROSENDO

Para rezar y esperar, que para eso deben servir todas las mujeres.

SUSANA

¡Dios se lo pague!

DON ROSENDO

No digas bobadas. Dios te lo pague a ti, que nos vas a hacer compañía y nos vas a contar muchas cosas, todo lo que sabes de viajar, de leer... Ya verás, ya verás. Se pasará el tiempo sin sentir...

RAUL, *con noble naturalidad*

Susanita, quedas en la casa de la gente más santa de la tierra. Estarás bastante mejor

que con nosotros. Ermitas tiene por ti más ternura que por una hermana...

DON ROSENDO

Y hermanas van a ser. Naturalmente que sí.

RAUL

El que hayas consentido al fin en quedarte es para papá y para mí una alegría más que una pena.

SUSANA

Y vosotros solitos... tan lejos.

(Se limpia las lágrimas, intentando estar plenamente serena.)

DON ROSENDO

¡Uy, uy, uy! Vaya, vaya: me largo junto a Alejandro. Aquí no hay más que pucheritos, suspiros rasca-cielos y caras forma torpedo. Me largo más que de prisa. Muchachos, hasta ahora.

(Sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA II

RAUL y SUSANA

SUSANA

Guarda estas corbatas, Raul.

RAUL

Dame.

SUSANA, *mirando en torno*

Ah, un frac que quedaba... *(Se lo entrega.)*

RAUL

Al cofre con él; puede serme útil para trabajar de camarero.

SUSANA

Por Dios, Raul.

RAUL, *resignado*

Bah, tanto da...

SUSANA

Esta raqueta...

RAUL

Para jugar con el panecillo. Magnífico.

SUSANA

¡Cómo eres! No te desanimes, Raul. Nuestros amigos...

RAUL, *después de silbar uno de esos breves aires de incredulidad*

¡Amigos, amigos! ¡Inocente! Chiquilla, detrás del rey se va la escolta. El dinero es rey y cuando nos quedamos sin dinero se van al humo los amigos; porque los amigos son la escolta del dinero. ¡Amigos! Y eso sí que me va a doler más que nada, porque el primer plato que se nos sirve al pasar de la opulencia a la necesidad es la ingratitud.

SUSANA

Calla, Raul de mi alma. No todos han de ser ingratos... Toma, las espadas.

RAUL, *contemplándolas con compasiva y sarcástica expresión*

Petulancias de tirador, desplantes de *gentleman*. Buena esgrima me brinda el porvenir... ¡Y he de vender estos aceros que en mis manos eran luz, viento y hasta música... a un

sórdido judío sin honor, de la calle Corrientes!... ¡Je, je!... ¡Qué cosas, señor!...

(*Pausa angustiosa y larga. Raul deja caer la tapa del baúl y se sienta sobre él, quedando en honda y fría meditación. Susana se acerca al ventanal y deja vagar la mirada por la campiña.*)

SUSANA, *sin volverse*

¡Qué buenos son tío Rosendo y Ermitas! ¿Verdad, Raul?

RAUL, *en la misma actitud y con profundo y doloroso asentimiento, expresado con lenta voz*

Sí, Susana. Nos avergüenza el decirlo, confiésalo. Muy buenos, sí. De una bondad que nos lastima casi, porque se derrama sobre nuestros remordimientos, sobre el disgusto íntimo de nuestra conducta reprochable. En las heridas, hasta los besos lastiman... Nos hemos portado muy mal... ¡Es cierto! (*Recuperando su entereza y levantándose.*) ¡Bah! Ya no hay que hacerle. Anda, Susana: búscame las llaves en mi cuarto para cerrar...

(*Sale Susana, con el pañuelo en los ojos, por la puerta de la derecha. Raul, con cautelas y zozobras de ladrón, se dirige al vargueño*

e intenta abrirlo, propósito que logra tras violentos esfuerzos. Extrae del cajoncillo interior un retrato de Ermitas que apenas tiene tiempo de ocultar contra el pecho, bajo la chaqueta, en un movimiento azorado que no puede pasar inadvertido a Ermitas al penetrar en tal instante por la segunda puerta de la izquierda. Ermitas conduce unos tarros cubiertos con papel blanco.)

ESCENA III

ERMITAS y RAUL

(Raul queda perplejo e inmóvil, de espalda al vargueño abierto. Ermitas le mira con extrañeza al notar que algo esconde contra el pecho. Raul va acercándose a su equipaje. Ermitas se dirige a la puerta de la derecha.)

RAUL

¿Adónde vas, Ermitas?

ERMITAS

A guardar estos tarros de albaricoque y de guinda en el baúl de tu padre; le gusta mucho este dulce...

RAUL

Yo tengo que hablar contigo... Ermitas.

ERMITAS, *sin acritud*

Me hablas por teléfono, desde Buenos Aires. Ahora tengo mucha prisa.

RAUL

Ermitas, tengo que hablar contigo...

ERMITAS

Pero yo contigo no tengo nada que hablar.

RAUL

Muy bien. Mejor. Así hablo yo... y tú escuchas.

ERMITAS

Quise decirte...

RAUL

Te digo que Raul te da pena, que Raul te da lástima, que tú has olvidado todas las groserías de Raul y sólo te recuerdas de que le has visto llorar. ¡Las lágrimas del orgulloso, del soberbio, del impertinente!

ERMITAS

Bueno; yo he olvidado todo. Yo pido a

Dios por vosotros; yo me compadezco de vosotros; eso es verdad...

RAUL, *aproximándose a Ermitas con respeto supremo*

Lo sé. Somos dignos de compasión... Pero no estés ahí, cargada con esos tarros. Dámelos. Yo se los llevaré a papá... Trae... *(Al despojar a Ermitas de su carga cae al suelo el retrato. Raul coloca los tarros sobre la mesa y al volver la vista se encuentra a Ermitas alzando del suelo la fotografía.)* ¡Ermitas! Es...

ERMITAS, *con digno reproche en el gesto y arrojando la fotografía encima del vargueño*

¡Raul!

RAUL

Ven, Ermitas, ven...

(Le oprime una mano, entre el asombro de Ermitas, e intenta conducirla a un sillón que estará hacia el centro de la escena.)

ERMITAS

¿Qué te propones, Raul?

RAUL

Pedirte perdón nada más. Palabra de honor. *(Con dulzura hace sentar a Ermitas y él*

pasa su brazo por el alto respaldo del sillón. Dice, con melancolía en el ruego.) ¿Me perdonas, prima?

ERMITAS, *muy tenuemente y con la vista clavada con obstinación en el suelo*

Sí; te perdono todo.

RAUL

¿Todo? Sí, es verdad; fueron muchas cosas.

ERMITAS

Yo sólo dije que te perdono todo...
(*Conservan sus actitudes.*)

RAUL, *con hirviente exaltación al acusarse*

¿De qué hediondo cieno, de qué miserable ponzoña se nutría mi corazón cuando te ofendía? ¿Qué daño me habíais hecho tú y tu tierra? Pero... Ermitas... ¡yo sé por qué! Tú me irritabas, porque tú eras la paz y yo la turbulencia, tú eras la pureza y yo la degeneración, tú eras la humildad señoril y yo... la plebeya altanería. Me irritabas, sí, como irrita la luz del sol a las alimañas nocturnas. Quise mostrarte mi superioridad *(Con duro dolor en el sarcasmo)* pero el gusano no puede llegar hasta la rosa más que a poder de baba. *(Ermitas vibra y arde al choque de la noble con-*

fesión. Por su alma y sus gestos pasa una marejada de encontradas emociones.) Escarnecí tu tierra porque en ella mis vicios, mis monstruosidades, mi decadencia, tenían que estar atados y quietos. *(Transición a un íntimo tono de ternura.)* Y ahora, cuando nos ves desgraciados... cuando nos ves caídos, cuando nos ves marchar, quizá para siempre, a ganarnos el pan, la sonrisa cortante del desquite no pasa por tus labios... Nada que humille. Nada que recuerde... ¡Ternura y olvido es tu revancha, mujer!

ERMITAS

frenando con recia voluntad su emoción

Raul... calla, calla, por piedad. Me haces sufrir. Sé muy bueno. ¿Sí? Sé muy bueno por esos mundos y que la Virgen María te acompañe...

RAUL

Yo no vendré más a esta tierra. Yo... la besaré al marchar. No... me... no me guardes rencor...

ERMITAS, *ahogada por el dolor*

Pediré a Dios por vosotros, por ti...

RAUL, *con cortado acento, donde hay más latidos que palabras*

Ahí te queda mi hermana. Quiérela mucho.

Ella... Susana... cuando yo vaya ya por el mar adelante... te contará una cosa... que yo... le he de decir... antes... antes de marchar... para ti. Ahora... vete *(Ermitas hunde la cabeza entre las manos y rompe a llorar, inconsolable.)* Susana te dirá eso cuando yo vaya muy lejos... Ahora... vete... vete...

ERMITAS, *saltando enloquecida de amor y de dolor al cuello de Raul*

No... no, no, no, no. No puedo ya más. Me muero, Dios mío. Se me rompe el corazón, Raul.

RAUL, *con asombro*

¡Ermitas!

ERMITAS

Que te adoro, Raul; que estoy loquiña por ti; que te quiero desde que te vi...

RAUL, *con dolor, con sorpresa, con pasión y con miedo*

No puede ser, no puede ser. Me matas, me enloqueces...

ERMITAS

jadeante, hermosa en su desnudo amor, atropelladamente, aferrándose a su ídolo con violencias y voluptuosidades

Sí, escucha. Sí, desde que te he visto. Esto

es estar loca... yo lo sé. Esto es una tentación infernal... lo sé, lo sé... pero tus palabras me embriagaban, y las más crueles, las más despreciativas, las más rudas, entraban mejor en mi corazón... aquí... aquí. Cada desdén tuyo me hacía llorar, por las noches, hasta la aurora... pero tu nombre... tu nombre... Raul... Raul... que rompe en los labios como azúcar... era como una rosa secándome los ojos. Y me parecía fea mi tierra porque no te gustaba. Y rompía mis espejos porque no te gustaba yo. Y ahora que te vas...

RAUL, *con infinito desaliento*

¡Ahora, Dios mío!...

ERMITAS

Ahora que te pierdo, ahora que quedo sola, quiero decirte que te amo, que te amo, que te adoro, que no querré ya a nadie en el mundo, que has despertado a manotazos, a bofetadas... mi pobrecito corazón.

RAUL, *está como inerte, como un muñeco*

¡Pobre de mí!...

ERMITAS, *con candente y confidencial acento de idolatría*

Dame esa mano... *(Le coge la mano y la*

pone sobre el corazón.) ¿Sientes? ¿Sientes? Pues eso... eso que ahí dentro se bate, ese pájaro enloquecido, ese corcel sin freno, es mi amor, mi amor. *(Con infinita amargura.)* Mira lo que has hecho, Raul, sin querer.

RAUL, *como un eco*

¡Sin querer!

ERMITAS, *con lentitud amarga*

Te marchas, Raul. Dios te guíe. Con Susana hablaremos de ti. Si algún día vienes a buscar a Susana, ven también por mi cariño... si otro amor no te....

RAUL

como surgiendo de pronto de la insensibilidad

¿Otro? ¿Otro amor? No, no: no hay más que un amor en la vida y el amor de mi vida eres tú. No hay más que un amor. ¡Sólo una vez se va a la gloria o al infierno! *(Dolorosamente.)* Pero ¿qué será de mí con este amor clavado en el pecho?

ERMITAS

Un amor vale por unas alas...

RAUL

O por unas cadenas...

ERMITAS

Las alas, para la esperanza; las cadenas, para la felicidad.

RAUL, *con bella ansiedad*

¿Me aguardarás siempre fiel?

ERMITAS, *gallardamente amorosa*

Tarda, tarda; tarda muchos años en volver para que puedas enorgullecerte de mi fidelidad.

RAUL

pareciéndole escuchar pasos hacia la derecha

¡Vienen! Adiós, mi vida. Adiós, viejita...

ERMITAS

Adiós, mi amor, mi gloria.

RAUL

Acuérdate de mí...

ERMITAS

¡Raul!...

RAUL

¡Adiós, adiós! (*Se besan con sublime demencia y tardan en desprenderse, como si sus corazones se hubiesen soldado. Raul sale tambaleándose y ciego. Segundos más tarde se le oye*

decir, después de trasponer la puerta de la derecha:) A ponerte esto en el cofre, papá. (*Ermitas, que ha seguido con los ojos, fascinada, a Raul, se desliza hasta el suelo y queda llorando, con la cabeza descansando en el asiento del sillón.*)

ESCENA IV

Ermitas y Don Alejandro

DON ALEJANDRO
como hablando consigo mismo

Va como ciego ese Raul. *(Contempla en silencio a Ermitas y con comprensiva piedad, dice:)* Ah, vamos... Comprendido. *(Monologando y pasando con agilidades de matiz del excepticismo a la ternura:)* Ahí está un corazón brincando como pez en el arenal. ¡Cómo crujes, y sangras, y cantas, corazón! ¡Qué hermosa es la mujer que llora así! Niña, por la muñeca rota; doncella, por el novio que se va; madre, por la cuna vacía ¿qué otro encanto mayor que esos sollozos que estremecen su cuerpo en el augusto temblor de esa

bella tempestad? ¿Llorar? ¿Y qué otro atributo de realeza nos ha dejado Dios a los hombres sobre las bestias? Y es cursi llorar; y nos escondemos para llorar, mientras la risa, la risa ¿eh? — espuma de nervios y no jugo del alma como el llanto — surte y ondea en público, impúdica, llamativa y vesánica. ¡Llorar! *(Se acerca, sin ruido, Don Alejandro a Ermitas y con blanda voz le pregunta, mientras Ermitas — en la misma actitud — va pasando del dolor violento a la angustia resignada:)* ¿Por qué lloras, pobrecita?

ERMITAS

con la tenuidad y el ardor de un beso largo

Por Raul...

DON ALEJANDRO

Es malo Raul.

ERMITAS

No es malo, no.

DON ALEJANDRO

Yo te digo que sí.

ERMITAS

No es malo, no; es muy desgraciado.

DON ALEJANDRO

Déjalo marchar.

ERMITAS

Ya lo dejo marchar. Ya se va...

DON ALEJANDRO

¿Y tú?

ERMITAS

Yo le esperaré.

DON ALEJANDRO

¿Siempre?

ERMITAS

¡Siempre!

DON ALEJANDRO

¿Toda la vida?

ERMITAS

Sí, toda la vida.

DON ALEJANDRO

¿Y si no volviese?

ERMITAS

Le habré esperado.

DON ALEJANDRO

Esperar en vano, quizá...

ERMITAS

alzándose del suelo trabajosamente, como rendida por la borrasca emocional. Habla con lentas palabras, que se arrastran como terciopelos. Don Alejandro la mira con emoción

Esperar nunca es en vano; es esperar, es tener el corazón suspendido de una cinta de sol, es guardar todas las virtudes limpias y bruñidas por si llega el dueño, es no cerrar las doradas vidrieras del ensueño por si acaso cruza por debajo de ellas; esperar es mirar al firmamento y tener siempre en él una estrella nuestra, solamente nuestra. Nos manda Dios esperar por su paraíso y Él espera por nuestro arrepentimiento. ¡Vivir es esperar!

DON ALEJANDRO, *con acariciante simpatía*

¡Pobrecilla!... (*Se acerca más a Ermitas y acaricia sus sienes y la arrulla.*) De manera que Raul os molesta a sabiendas, que de intento os ofende y tú perdidita por esa ficha. ¡Lindo negosio!

ERMITAS

Hiere el azadón la tierra y la tierra da flo-

res. Pisamos el tomillo en el monte y el tomillo perfuma nuestros zapatos...

DON ALEJANDRO, *tomando, tras una palpitante vacilación íntima, una determinación*

Bueno, preciosa, bueno. Voy a decirte una cosa que nadie, nadie, nadie sabe. Ni tu padre. Pero, ¡ay de ti si me descubres!... (*Dudando.*) Mira... no sea el diablo. Perdóname, pero... mira... ¡júrame por tu madre no decir nada de lo que vas a oirme!

ERMITAS

Tío...

DON ALEJANDRO

Es necesario; te lo suplico...

ERMITAS

¡Lo juro!

DON ALEJANDRO *se sienta en un sillón y hace a Ermitas sentarse en uno de los brazos*

Ya ves, ¿eh? mis hijos... tan así... ¿eh? tan provocativos, tan... ¿Entiendes?... Pues... fíjate, ¿eh? les pongo delante el secreto de nuestra ruina... ya somos pobres... ¡y mansos! Adiós, bravatas e indirectas hirientes. Adiós, superhombres... y mujeres muy a la moderna ¿eh?

Era mi secreto, soplé (*Hace el gesto*) así ¿ves? y todos esos castillos, todas esas vanidades y rudezas, todos esos muros de oro, se fueron así ¿ves? (*Repite el gesto del soplo*) como se va un poco de polvo de encima del mármol... Así... ¡Qué cosas! ¡Cómo es el poder de los débiles!... Cualquiera domaba a mis hijos; cualquier día... Y ahí tienes: ahora, por verme más débil que nunca, son míos, se aprietan contra mí... Parece raro ¿eh? Pues bien, ¡es mentira mi catástrofe! ¡No estoy arruinado!

ERMITAS

intentando alzarse, con súbito asombro

Eso es imposible, es cruel...

DON ALEJANDRO *la retiene con paternal dominio*

Es cruel, sí. Pero es la vacuna contra la crueldad. Ya no será Raul cruel...

ERMITAS

No puede ser. Yo se lo diré a Raul. Ya no se marchan... no deben marchar ya...

DON ALEJANDRO, *con súplica y mandato*

Sí; nos marchamos. Me llevo a Raul; déjamelo venir, mujer, que hasta que el dolor me lo acercó, nunca fué tan mío... desde que ha nacido... ¡No me lo quites aún!...

ERMITAS

¿Y yo?

DON ALEJANDRO, *con tierno reproche*

¿Ya te has olvidado? ¡Tú... esperas! Yo te traeré a Raul digno de ti. En alta mar le descubriré la añagaza. Y como lleva ya en el alma la hoguera purificadora del amor, como tiene lo que no tenía, ¡un ideal! como te tiene a ti... espero que no se reirá de estos tres elementos: el mar, el cielo y el papá. Yo puse el dolor, tú has puesto el amor. Con dolor y amor se redime...

ERMITAS

enlazando con sus brazos el cuello de Don Alejandro y diciendo, entre sollozos de felicidad

Tío de mi alma, mi corazón no puede más... Yo me muero...

DON ALEJANDRO, *acariciándola y riñéndola*

Vaya, vaya; no seas tonta. Pronto regresaremos; vaya, vaya, a callar... Calla, tonta, calla...

ESCENA V

Dichos y Don Rosendo

(*Don Rosendo aparece por la puerta de la derecha y mira con curiosidad y emoción el grupo de Ermitas y Don Alejandro. Se oye, lejana, una bocina de automóvil.*)

DON ROSENDO

Pero ¿qué es eso? ¿Qué pasa?

DON ALEJANDRO

volviendo el rostro hacia el nuevo interlocutor

Ésta, que... ya ves... se afecta mucho porque yo me marcho.

DON ROSENDO

desde las profundidades de su candidez

Es que te ha tomado mi pequeña un cariño bárbaro...

DON ALEJANDRO

¿Ésta, dices... cariño bárbaro... a mí? ¡Oh! No te das ni una idea; un cariño atroz, disparatado...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y RAUL

(*Se presenta Raul en la puerta de la derecha.*)

RAUL, *con la vista baja*

Papá, ahí está ya el automóvil.

DON ALEJANDRO, *apretando contra el pecho a Ermitas y con absoluta serenidad*

¿Está todo dispuesto?

RAUL, *señalando el baúl*

Falta cerrar esto; nada más.

DON ALEJANDRO

¡Pues date prisa... y vámonos, vámonos!

(*Raul apenas mira a Ermitas, como temiendo desbocar su sentimiento. Saca las llaves y pone una rodilla en el suelo para introducir aquéllas en la cerradura. Más que oirle, se le ve sollozar.*)

ERMITAS

¡Dios mío!

DON ALEJANDRO, *mirando a Raul, que conserva su actitud, y con severa piedad*

Amarga, amarga la medicina... ¡Pero hace milagros!

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El atrio profanado (1913), prólogo de E. Gómez Carrillo.

FARSAS

La galleguita.
La conquista de América.
El altar.
Yo quiero ser monja...
La montaña.
Muros de oro.

EN PRENSA

La estela de la vida.
Cavernas políticas (semblanzas pintorescas de caciques vigentes).

EN PREPARACIÓN

Las horas muertas.
Horca florida (versos).
La calle Real (novela).

Precio: 3 pesetas